

# El desarrollismo,

## nueva etapa de América Latina

Por ANGEL RAMA

Profesor, escritor y periodista uruguayo. Dedicado al estudio de temas socio-económicos de América Latina. Colabora en varios periódicos y revistas nacionales y extranjeros.

**E**L asunto capital de América Latina es, hoy, el desarrollo económico. Este concepto, así como la orientación finalista que lo mueve, ha conseguido —aparentemente— unificar y superar las ideologías en pugna dentro del continente, las que han trasladado la prueba práctica de su intrínseca verdad a su capacidad para obtener, más veloz y más ampliamente, el progreso económico y, por ende, social de las colectividades a las que se proponen como guías. La polémica entre liberales, socialistas, neocapitalistas planificadores, ha derivado del plano de las ideas filosóficas al plano de las ideas económicas, y dos criterios, el de planificación y el de eficiencia, son los esgrimidos como argumentos probatorios de sus respectivos planteos políticos, estableciendo una convergencia desconcertante.

A la vez, y como para disolver más los argumentos tradicionales, las ideologías han sido perpetradas por los problemas urgentes que plantean las masas populares y, al menos en el plano de las formulaciones teóricas, todas han hecho fe de populismo afirmando que el desarrollo económico que propugnan es en beneficio de la población toda. Si resulta ilustrativo ver a los defensores categóricos de la libre empresa reclamar la planificación que a su vez postula la regulación de la vida económica por un poder político elegido popularmente, también lo es ver que la concepción marxista del socialismo como fin de la alienación sufre un deslizamiento hacia la consigna leninista según la cual el socialismo es la electricidad, aún entendiéndola como el obligado paso previo hacia aquélla.

Tal coincidencia, aparental, insistimos, no implica el fin de las ideologías, las que verían resueltas sus oposiciones con el hallazgo de una línea objetiva de interpretación de la orientación democrática de la sociedad humana y de sus posibilidades reales. Ya Wright Mills se ha referido a ese confusiónismo que él detectó en la década del 50 norteamericano y que se ha infiltrado en América Latina en la del 60, contaminando importantes sectores "intelectuales técnicos", mayoritariamente adscritos a las tareas de la conducción desarrollista, para quienes "economía mixta, más estado benefactor, más prosperidad, esa es la fórmula, el capitalismo norteamericano seguirá siendo factible, el estado benefactor seguirá el camino hacia una justicia siempre creciente". En ellos Mills veía "el descreimiento en la capacidad de los hombres para labrarse su propio futuro como historia y como biografía" y el "fin de la reflexión política misma como un hecho público", cuando quizás debiera haber visto la consecuencia de la especialización estrictamente técnica que los organismos nacionales e internacionales se ven obligados a reclamar a un dotado grupo de intelectuales a quienes hacen ingresar en el "establishment", cuya orientación política les queda vedada. Y al mismo tiempo, por una fijación hipnótica en las proposiciones cada vez más matemáticas de la economía profesoral, combinada con un uso algo simplista de la "teoría de las ideologías", la convicción de que los problemas ya no se resuelven a nivel de las ideas sino en la infraestructura material, lo que comporta un desmerecimiento de la totalidad humana.

La coincidencia que señalamos —más teórica que real— apunta a una concepción que tiene siglo largo de vida y que se ha impuesto

merced a dura pugna ideológica: el derecho de todos los individuos a los beneficios del progreso económico y la convicción realista que sólo la elevación de éste permitirá aquél, lo que, a pesar del análisis rostowniano, responde a una invención cultural que, generada en el pensamiento dieciochesco, alcanza su madurez en el socialismo decimonónico. Es parte del proceso más general de infiltración parcial de las ideas.

El desarrollismo ancla sobre una concepción democrática de la vida social, respondiendo a la incidencia conjugada de tres factores que lo han nutrido en estos decenios últimos: el alto nivel alcanzado por las sociedades industriales, tanto en lo que importa de poder transformador de la naturaleza y generador de bienes sociales como en su carácter de mostración concreta de un ideal alcanzable por el resto, que aquellas mismas sociedades se han encargado de publicitar; la masificación en el mundo, sobre todo en las zonas subdesarrolladas, consiguiente a la explosión demográfica, y que ha sido penetrada de las filosofías democráticas generadas en la revolución industrial; la imposición de un nuevo tipo de sociedad, que llamaríamos planetaria, derivada del radio mundial de los intereses económicos, militares, políticos y sociales, que acarrea la inclusión en una misma órbita de países industrializados y subdesarrollados, aunque ahora, desde la segunda guerra mundial, en un plano distinto del que rigiera en el siglo XVIII y XIX, respondiendo a un nuevo equilibrio de fuerzas.

El concepto de desarrollo ha sido producido por los economistas y hace muy poco tiempo que lo incorporaron a su esfera otras disciplinas intelectuales. Por eso sigue regido por un tipo de planteamiento específico, de tendencia abstraccionista que puede expresarse en un esquema intercambiable para distintas situaciones concretas, pero vinculado a los modelos ya establecidos por los países europeos y angloamericanos de los cuales ha nacido. Su significación y sus consecuencias, que han comenzado a ser desmenuzadas en el terreno sociológico, todavía no lo han sido en el campo de la antropología, de la filosofía, de la cultura. Sin embargo, obviamente, el concepto de desarrollo no nace de la economía sino de la historia de la cultura. Si ha habido un Max Weber para explicar su formación, no lo ha habido aún para encarar su entera significación presente, en particular el confuso criterio finalista que en él alienta y que exige no sólo la intervención del sociólogo, sino también del filósofo, del escritor y hasta del teólogo.

Además, este concepto, si bien ha sido retrotraído al pensamiento de los primeros economistas, iniciales intérpretes de la formación del capitalismo burgués, responde a una motivación actual generada en los grandes centros de desarrollo del planeta. No nace en los países subdesarrollados, a los cuales afecta de manera urgente, sino de las necesidades de expansión de las sociedades industriales al producirse su acceso a nuevas fuentes de energía, a nuevos sistemas mecánicos (la automatización) y, consiguientemente, a una economía mundial, cuando deben encarar su realización a largo plazo. La reconstrucción europea y soviética de postguerra ha reactivado su problemática, así como las coyunturas de la economía norteamericana. Pero el concepto de desarrollo económico se transforma de inmediato en la espina dorsal de los países que en Africa y Asia acaban de abandonar la sujeción política colonial y de aquellos que, habiéndola roto hace siglo y medio (América Latina), no han superado las condiciones de una precaria economía de exportación. Para todos ellos, por obra de sus élites formadas en el pensamiento de los países desarrollados, el "desarrollismo" se constituye en el frente de una gran batalla. De ella resultará no sólo el progreso de sus ciudadanos que podrán alcanzar niveles de vida parangonables a los europeos o norteamericanos, sino también la totalidad de una independencia nacional que les restituya el pleno ejercicio de la soberanía.

Si tenemos en cuenta las motivaciones originarias del desarrollismo, y simultáneamente el sentido que le confieren las élites de los países subdesarrollados, podremos comprender que no estamos en un proceso enteramente nuevo de la vida latinoamericana, que es la que nos interesa, sino en un nuevo momento o inflexión de una relación antigua de siglos, la que vincula sociedades de distinto nivel y poder. Una relación que comienza en el Renacimiento y que a través de distintas etapas se continúa hasta el presente, variando los "partenaires" extranjeros pero también nuestra situación interna: España y Portugal originariamente, luego Francia e Inglaterra, luego Estados Unidos y la Unión Soviética, en tanto que nosotros pasamos del virreinato monopolista a la sociedad mercantil, a la libertad política, al liberalismo, a la emergencia nacional de las clases medias, etc.

Tratándose, por lo tanto, de una relación histórica permanente, el análisis de la actual etapa de la incidencia es tan importante como el cotejo con las etapas anteriores, por considerar igual o más ilustrativa la

transformación habida que la situación presente, y por entender que esa modificación permite comprender mejor este momento. El problema de las regiones subdesarrolladas, señalaba Henri Janne (*Typologie du sous-développement*), corresponde "a la sociología del contacto y no al análisis económico objetivo. La teoría del subdesarrollo se identifica con la de las influencias interculturales entre sociedades situadas a diferentes niveles técnicos. Por lo tanto, no se trata de cambios socio-culturales resultantes de progresos técnicos aparecidos en el interior de una sociedad dada, sino de cambios socio-culturales resultantes de contactos entre sociedades de niveles técnicos diferentes".

De este planteamiento correcto del problema conviene retener, además, la insistencia en la palabra "técnica", para observar que ella ha sido el instrumento que ha asegurado los primeros contactos —la primera dominación— entre Europa y América, contrariamente a otros casos de la expansión europea por el mundo. Toynbee, que se ha expresado largamente sobre el tema (*Contacto entre civilizados en el espacio*), registraba que "la admisión de la cultura occidental moderna por judíos, cristianos, ortodoxos y musulmanes, no comenzó hasta que el estilo de vida occidental pudo ofrecérseles en una forma secularizada; en la que la técnica ocupaba el antiguo lugar de la religión en la cúspide de la pirámide de valores occidentales", pero para el caso de América esa técnica era suficientemente poderosa en el siglo XVI para asegurar, frente a civilizaciones que no la dominaban, el éxito. Las armas de fuego permitieron la destrucción de los imperios indígenas, desalojándolos y creando ese vacío que llenó la cultura occidental acriollada progresivamente, y ya desde entonces pudo plantearse el dilema que rige los contactos de Occidente y otras civilizaciones: dominar ese instrumental o sucumbir a él, de tal modo que aún en el plano exclusivo de la técnica, su adaptación por las regiones subdesarrolladas se inserta en un esquema político-social que tiene que ver con el rechazo de una explotación. Ese rechazo se asienta en diferentes motivaciones, que no son iguales en África que en América; aquí, donde habían sido sojuzgadas las culturas propias, arrasadas las religiones originales, se basó en un elemento aportado por el mismo Occidente, el nacionalismo.

Debe recordarse que, tal como se demostró en el proceso de la conquista la técnica no está desasida del contexto socio cultural, sino que, bien al contrario, por ser el coronamiento del proceso interno de una

determinada cultura, lo implica, resume, simboliza y propone como obligada realidad. La técnica de las armas de fuego abrió paso al cristianismo, a la encomienda, a la monarquía, a la propiedad privada, a la esclavitud, a la literatura ibérica, como en la región del norte abrió camino a la religión reformada, a la lengua inglesa, a la concepción burguesa de la vida, a la esclavitud, a la propiedad privada. De tal modo que la asepsia que la palabra tiene, es mera apariencia, y estamos realmente en un nuevo paso del proceso de aculturación.

En él se postula una invención dieciochesca conjuntamente con su plural irradiación. Algo así como una combinación europeo-norteamericano-soviética, y de ahí el debate acerca de los tres modelos de desarrollo económico a que se ven enfrentados los países latinoamericanos, que en los hechos son tres modelos de organización social: el capitalista norteamericano, el de la economía mixta europeo-occidental y el socialista soviético. Cuando hablamos de organización social entendemos la estructura íntegra de una cultura, o, para usar los distingos Gurvitch, de una civilización. No hay, por lo tanto, incorporación de fábricas, y explotación industrial de riquezas nacionales, mejores sistemas agrícolas, sino la incorporación de un sistema de vida, una determinada ordenación de valores, una cosmovisión.

Se ha insistido, en base a ejemplos históricos, que tal incorporación no es simplemente mimética, sino que al producirse se genera un acomodamiento a las configuraciones regionales: el habitat, los recursos propios, la raza y la cultura, también la dosificación de los elementos que se incorporan y el momento de su desarrollo temporal en que se toman, permiten una adaptación. Algunos han hablado de una nacionalización aunque es difícil concebirla íntegramente en este período planetario de la civilización que, por el camino de una infraestructura técnico-industrial, está imponiendo formas de vida y regímenes homogéneos al mundo entero, produciendo una destrucción de las culturas regionales que ha alarmado a los antropólogos.

En Latinoamérica el modelo de civilización que por este proceso de aculturación —enancado en la incorporación de las técnicas— se propone, es el que Galbraith ha definido como "la sociedad opulenta", analizándolo a partir del ejemplo estadounidense. No sólo la necesidad de sustraerle sus eficaces medios de éxito con el fin de sobrevivir independientemente, sino también algunos aspectos seductores de su

aportación, parecen imposibilitar todo rechazo en bloque de tal civilización. Al menos nadie se ha atrevido a constituirse, en tierras latinoamericanas, en el heredero del nihilismo nietzscheano. ¿Quién, en tierras tan desamparadas, se atrevería a objetar la construcción de hospitales, la difusión de las escuelas, la mayor explotación agrícola para alimentar las poblaciones hambrientas, la institución de servicios higiénicos que contengan la mortalidad infantil, el montaje de industrias que den trabajo a los grandes núcleos desocupados? Los términos inmediatos del desarrollo que nos son ofrecidos tentadoramente, oscurecen o disuelven otras imágenes, las correspondientes al destino ulterior de la civilización que se nos propone y que justamente en estos momentos es objeto de severa requisitoria por elementos internos a ella.

Las reacciones incontroladas de sus jóvenes escritores rebeldes quizás puedan interpretarse como ese "surplus" de oposición que permite una sociedad opulenta sin que ponga en peligro sus basamentos ni los opositores traten de corroerlos. Más seria podrá ser la diagnosis económica que revela su progresivo estancamiento, su incapacidad para proyectarse dinámicamente al futuro venciendo la atracción de un presente confortable transformado en fin en sí, tal como puede desprenderse del análisis de Gunnar Myrdal (*Challenge to Affluence*), pero es aún más grave la visión de un "optimista" que procede de la psicología: me refiero a Herbert Marcuse, que en *Eros and Civilization* comprueba que la "sociedad opulenta" no sólo no ha conseguido la realización del hombre, sino que lo ha destruido mediante el régimen de las prestaciones y de las represiones que su mecánica racionalista impone. Y si bien él cree que ese instrumento servirá a liberar y realizar el hombre, no deja de comprobar que "la alienación del trabajo es casi completa. El mecanicismo de la línea de montaje, la rutina de la oficina, el ritual de las adquisiciones y ventas, están cortados de toda conexión con la potencialidad humana. Las relaciones de trabajo se han transformado en amplia medida en las relaciones entre personas que no son otra cosa que objetos intercambiables de manipulación científica y técnicas de rendimiento".

Quizás éste debiera ser el gran tema a debatir, si no resultara tan extemporáneo, ya que nadie, ni siquiera los dirigentes religiosos, parecen dispuestos a encararlo. A tal punto hay convicción arraigada que una posición discrepante en la línea del desarrollismo llevaría a la

marginalidad. Porque el desarrollismo, en gran parte por la acción de las élites intelectuales, es, en este momento, la conciencia ideológica de la sociedad latinoamericana, por debajo de sus variadas formulaciones político-sociales y sus variados modelos económicos, Aunque haya nacido en la Martinique, las tesis de Frantz Fanon no corresponden a la problemática americana: nadie encara rechazar la civilización occidental, porque, cerrando los ojos a la persistencia negra e indígena, sobre la desaparición de cuyas culturas apuestan de modo vergonzante, los intelectuales latinoamericanos se consideran integrantes de esa civilización un escaión más bajo, nada más, y aspiran a treparlo.

Uno de los rasgos que debería inquietarlos en la actual y cuantiosa bibliografía sobre desarrollo económico, es la terminología al uso. Es simplemente un problema lingüístico, pero ya hace tiempo que el psicoanálisis ha contribuido a una elucidación de los contenidos emocionales y de las represiones que se efectúan por ese medio, y sobre las aportaciones modernas de la semántica (Charles Morris, Empson, Korzybski) ya se han abalanzado los empresarios demostrando la certidumbre de sus hallazgos. Existe hoy un lenguaje internacionalizado, de voluntariedad técnica marcada, que delata el afán de escamotear las vinculaciones político-sociales de algunos temas, estableciendo términos de cuidada esencia para designar viejos fenómenos definidos con palabras que se han cargado de matiz peyorativo.

Del mismo modo que los grandes diarios de Buenos Aires dejaron de llamar a las torturas policiales por este nombre para designarlas con el eufemismo de "apremios ilegales", con lo cual el hecho nauseabundo a que se refieren no cambia, pero al menos sus lectores tradicionales y confortables no se sienten alterados, del mismo modo la terminología de los economistas —sobre todo la de aquellos que operan un recorte en la total vida real para quedarse con el círculo limpio de una especialidad casi matemática— se ha trasladado a lenguaje oficial, en mérito a su asepsia. No se dirá países pobres, sino países en vías de desarrollo y, sobre todo, se tratará de olvidar el uso de la palabra "colonialismo" y su concomitante "imperialismo". No hay duda que ambos términos están cargados de pólvora polémica y que de ellos han abusado con frivolidad los oradores de barricadas, pero designan hechos reales, pasados y presentes.

Si el enfoque exclusivamente moderno del desarrollismo tiende a considerar el complejo "imperio-colonia" como un elemento del pasado, desde el momento que encaramos el tema desde el ángulo de los contactos entre sociedades de distinto nivel en distintos periodos de la historia, tratando de balancear las distancias entre ellos, debemos obligadamente hablar de colonialismo y de imperialismo. Lo hace Benoit Verhaegen en un lúcido ensayo (*La perspective historique du sous-développement*), afirmando: "Las sociedades subdesarrolladas han entrado en contacto con las sociedades técnicamente y económicamente desarrolladas por la mediación del sistema colonial". Y en otra parte: "Se descubre entonces que las sociedades actualmente subdesarrolladas presentan una doble característica: todas han sufrido el impacto del desarrollo económico occidental y en primer término de la industrialización, y todas, aunque en grado diferente, han experimentado este contacto bajo la forma de dominación política o económica conducente a su explotación". De ahí que podamos situar el momento desarrollista como parte de este largo proceso histórico, e incluso que resulte comprensible que los sociólogos de la cultura latinoamericana (como el lúcido José Medina Echavarría) se hayan visto conducidos a revalorizar la acción de las élites intelectuales del Porfiriato mexicano, como en general podría hacerse con las élites del positivismo en todo el continente, las que respondieron a las directivas desarrollistas de su tiempo tal como ha visto Leopoldo Zea.

Aceptamos, como base del análisis, que ambos términos son constantes que admiten permanentes variables, tanto en lo político, como en lo económico y en lo cultural, y que proceden del contacto en sociedades de distinto nivel: el régimen de monopolio hispano, las ocupaciones militares inglesa, francesa o norteamericana, la explotación de riquezas a través de concesiones, pero también la imposición de formas culturales, de creencias, e incluso la política de fijación de precios a las materias primas. Estos y otros fenómenos nacen del desequilibrio del poder entre unas y otras regiones del mundo y afectan la vida entera de las más débiles. Pero además creemos que esta relación no es de mera explotación permanente, lo que postularía la total inanidad de uno de los miembros, sino de pugna constante y de evolución. No es un caso de vampirismo, es una lucha dispareja en la que ambas partes, por motivos bien distintos, se necesitan y se imbrican en un proceso dialéctico, que es lo que no ha visto Sartre en sus reflexiones sobre el colonialismo. Si el campo operacional lo establece el más

fuerte, el más débil es capaz de invenciones permanentes. Lo que en la disciplina militar ha sido la creación de las guerrillas para oponerse a ejércitos regulares, se reproduce en todos los órdenes del contacto y éste no es nunca fiel a sus anteriores términos: ambas partes generan constantes réplicas de conformidad, de oposición o complementación, pero que devienen en el tiempo según las nuevas fuerzas y las nuevas circunstancias históricas.

No es obligatorio que el contacto se promueva por el deseo manifiesto de explotación aunque ésta es la norma; puede ocurrir que sea la consecuencia indirecta de un acercamiento por otros motivos, o simplemente un contragolpe de la mutua relación. Esta comprobación evidencia la inutilidad de un planteo exclusivamente nacional o regional para atender los problemas latinoamericanos, y la necesidad de insertarlos en el esquema de fuerza mundial. Si esto ahora se ha hecho notorio, no lo ha sido menos en el pasado, al punto que algunos problemas que hoy se consideran típicas expresiones del subdesarrollo económico son la simple consecuencia de acercamientos directos o indirectos ocurridos en el pasado, son las huellas que sobre el cuerpo vivo del continente deja el complejo imperio-colonia.

Dos ejemplos de uno y otro tipo de contacto —de explotación directa, de incidencia directa— son señalados por el citado Verhaegen en su estudio: el primero es la economía de exportación y el segundo del supercrecimiento demográfico. El primero ya ha sido ampliamente debatido, mostrándose que las economías latinoamericanas fueren generadas y desarrolladas como complementarias de las europeas y luego norteamericanas, constituyéndose en economías de exportación (“si la actividad exportadora no propaga los beneficios del progreso económico, propaga muy eficazmente las consecuencias nefastas y en primer término las crisis conjunturales particularmente vivas para los productos de este tipo —materias primas minerales o vegetales— y para las economías de monocultivo”). Esta estructura determina enteramente la vida latinoamericana desde la Colonia, y bastaría observar en un mapa la ubicación periférica de las capitales, que son en los hechos, puertos exportadores que subsidiariamente han segregado las administraciones gubernamentales, o las vías de comunicaciones que desde allí penetran en el territorio occidental funcionando como canales de salida de los productos. Uno de los ejemplos más flagrantes es el de Perú y su capital, porque aquí ni siquiera se respetó la confor-

mación que había legado el imperio incaico y el país fue remodelado para las necesidades imperiales de España y de sus reemplazantes.

De conformidad con el sistema de pugna, con el devenir del proceso, reconocemos que el impacto imperial deja un residuo en la colonia: las vías férreas facilitan la integración nacional, la administración de las empresas y del estado exportador exige una incipiente clase media preparada, y a su vez ésta impone necesarias reformas al aparato educativo. La obra que ahora se reclama a la Universidad latinoamericana, en la época del desarrollismo económico, es equivalente en otro plano a la que justificó los afanes de Barreda en el XIX mexicano y la creación de la Preparatoria. Pero la auténtica réplica del Porfiriato, no viene de sus integrantes, sino de la nueva clase instersticial que nace de la nueva situación económica, y en la cual se manifiesta una preparación intelectual más elevada y específica, un sentimiento nacionalista más intenso, una conciencia clasista bastante marcada, una energética ambición por las ventajas que entiende le corresponden dada su función social. El análisis más detallado —que aquí no podemos hacer— de las élites positivistas de fines del XIX, y de las espiritualista que emerge por 1910 como fundamento del período nacionalista, podría iluminar algunos conflictos de la vida intelectual latinoamericana en este tiempo presente.

Acción y reacción en aquel período corresponden a una incidencia de Occidente con afán de explotación que concluye remodelando, de un modo que hasta hoy rige nuestra existencia, la economía de Latinoamérica. Otro ejemplo, éste de incidencia directa, lo da el proceso demográfico. La población de América Latina, que era de 63 millones en 1900, cincuenta años después alcanza los 163 millones; en aquella fecha representaba los cuatro quintos de la población norteamericana; en tanto ahora ha sobrepasado (datos en “la situación demográfica en América Latina” CEPAL). Este acrecentamiento, que ha llegado a una tasa del 2,5 por ciento anual, ha registrado una especial aceleración en las últimas décadas a imagen de lo ocurrido en otras zonas subdesarrolladas del planeta, la cual no es atribuible a un especial aumento de la natalidad ni a un decrecimiento de la mortalidad. “Es probable que en ningún país de América Latina se haya registrado un aumento significativo de las tasas de natalidad. Es verdad que en algunos casos las estadísticas parecen indicarlo, pero los datos no son concluyentes. En cambio, alrededor de 1930 las tasas

de natalidad acusaron una pronunciada disminución en la Argentina y el Uruguay y en forma menos decisiva o más recientemente en Chile, Cuba y el sur del Brasil. La aceleración del crecimiento de la población —en relación con la importancia declinante de la migración— intercontinental y con tasas de natalidad constantes o, en algunos países, decrecientes, es atribuible sobre todo a pronunciadas reducciones en la mortalidad”.

Ellas a su vez responden a las medidas sanitarias modernas, al uso internacional de los medicamentos y a la forma de combatir las epidemias. Como en algún famoso ejemplo (Ceylán) también en América Latina los descubrimientos médicos e higiénicos procedentes de las sociedades industriales han tenido un efecto distorsionante por cuanto rompieron el equilibrio natural del crecimiento demográfico, instalando una fisura entre la tasa, la natalidad y la mortandad. Dadas las consecuencias alarmantes que para los mismos centros del poder tiene la explosión demográfica, parecía difícil ver en ella un efecto propuesto de la dominación o la explotación, pero no hay duda de que se trata de una consecuencia de estos contactos a distinto nivel. Es decir, que uno de los hechos que en primera instancia se consideran freno de una posibilidad de desarrollo económico, es, como el monocultivo o la economía de exportación, consecuencia de la acción de los centros imperiales, ya de explotación propuesta, ya de incidencia indirecta.

En el caso del crecimiento demográfico, Sauvy observa la inquietud que él produce en los dominantes, cuando ya no ejercen una dominación absoluta, y su búsqueda de soluciones en previsión de que resulten afectados peligrosamente por una hipertrofia que puede originar cambios violentos: “La posición de los Estados Unidos es preventiva, dice, en relación con los territorios no desarrollados; en el momento en que se despierta una conciencia mundial, el dominante teme el crecimiento del número de los dominados que tienen derechos. Quizás algún día haga falta no solamente asegurar entregas regulares de productos, que no sería lo peor, sino recibir inmigrantes en su suelo, poco poblado, lo que plantearía problemas tan dramáticos que ni siquiera se evoca la amelaza”.

Esa superpoblación genera sus respuestas: si en el orden económico es considerada una rémora para el avance económico, al menos den-

tro de los lineamientos clásicos, en el orden político, significa una fuerza poderosa que, a medida que se produce su educación básica se presenta como un instrumento transformador— tanto para la destrucción de un sistema como para el sacrificio de la construcción de otros— señalándose con su presencia, particularmente en el campesinado, una traslación de las energías de la sociedad latinoamericana que por el año 1910 partían de las clases medias dispuestas a ocupar la conducción económica del continente.

Si se debieran sistematizar los puntos conflictuales de este rápido planteo, atendiendo a la lección histórica de las relaciones entre sociedades de distinto nivel en América Latina, habría que concluir:

- 1º) Que a despecho de las doctrinas— el integracionismo de las Leyes de Indias, el liberalismo inglés, el monroísmo norteamericano— los contactos a distintos niveles han sido motivados por el afán de utilización imperial de los territorios latinoamericanos, creando economías dependientes, fragmentación política, y dificultando los mecanismos que permiten la acumulación de capital y autorizan el pasaje a las sociedades industriales.
- 2º) Que dado que una sociedad es un todo orgánico, la incorporación de cualquier elemento de un país desarrollado —así sea tan evidentemente benéfico como las medidas sanitarias— tiene un inmediato efecto distorsionante, sobre el cuerpo social subdesarrollado, y, al menos en una primera etapa, acentúa su debilidad y sus dificultades.
- 3º) Que la incorporación de los sistemas técnico-industriales, clave del éxito desarrollista, no puede hacerse sin la transformación entera de la sociedad, a la que se le exige reestructurarse de acuerdo a los modelos propuestos.
- 4º) Que toda opción económica significa una opción política previa, que es la espina dorsal de la voluntad latinoamericana y su respuesta primera al contacto con civilizaciones desarrolladas. Por una parte, la búsqueda de su independencia mediante el ejercicio pleno de su soberanía, que ha de regir la elección de los tres modelos de economía, y de sociedades, que se le proponen. Por más condicionada que esté por las posibilidades con-

cretas del desarrollo, esa elección pertenece al campo más amplio de la cultura, considerando dentro de él la precisa situación histórica que se vive en el juego de circunstancias e influencias, y que explica las opciones mexicana, cubana o chilena.

- 5º) Que el desarrollismo se plantea dentro de y como consecuencia de la primera civilización planetaria, cuyos rasgos definitorios están dados por el modelo norteamericano y puestos en discusión en estos momentos. A través de los medios de comunicación de masas han tenido un poderoso impacto sobre América Latina, estableciendo las coordenadas del fenómeno homogenizador de la cultura, destruyendo obligadamente las formas tradicionales.
- 6º) Que el incentivo "nacionalista" que sirvió de base a la generalización de 1910 para su acción, recubrió los intereses de las clases medias emergentes con cuyos propósitos podían sentirse solidarizados, según la conocida interpretación marxista, los otros sectores o clases socialmente más débiles (campesinos, proletarios), pero que, habiendo cambiado la estructura clasista del continente, los valores "nacionalistas" tienden a anclar los intereses de las clases más numerosas y más combativas, homologándose a ellos.
- 7º) Que el progreso del desarrollismo responde a dos iniciativas opuestas: de las sociedades industriales en su movimiento expansionista y de las subdesarrolladas en su respuesta defensiva para subsistir en una época que tiende a abrir la zanja que las separa de los niveles alcanzados en los centros dominantes o imperiales. Si por un lado las necesidades del mundo actual obligan a las sociedades desarrolladas a establecer una aparente coparticipación en el gobierno, las contradicciones económicas tienden a agudizarse.

Esta ubicación esquemática de los problemas latinoamericanos referidos a la actual etapa del desarrollo económico, sólo pretende ofrecer la visión que de ellos puede obtener un escritor, no un especialista de economía o sociología. Pretende servir de punto de partida para proceder al examen de un tema que no ha tenido hasta ahora la consideración que merece: la posición de los intelectuales latino-

americanos ante la nueva instancia. En el "Informe del grupo de trabajo sobre los aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina", reunido en México en 1960, se estableció una "Lista de necesidades de investigación". Entre sus ítems se encuentran varios que afectan, directa o indirectamente, a los intelectuales: "Estudio de la "intelligentsia" latinoamericana en relación con el desarrollo económico y social (actitudes, oportunidades de liderazgo, etc)", es el más específico, pero hay otros ("estudio del proletariado intelectual", "el papel de los denominados medios de comunicación de masas", etc) que pueden vincularse en un mismo examen del intelectual y su momento histórico.

Si cada época presenta un desafío a los intelectuales, y, dentro de las coordenadas privativas es siempre importante y urgente, también puede convenirse en que el desafío actual es más complejo, exige una responsabilidad mayor, impone un análisis más cuidado, un estudio más largo. L. A. Costa Pinto ha mostrado (*La sociología del cambio y el cambio de la sociología*) el acrecentamiento de la especialización que se ha producido en estos treinta últimos años dando nacimiento, prácticamente, a la sociología latinoamericana, como un instrumento obligado por la complejidad de los tiempos presentes. En la misma forma, aunque más recientemente y más despaciosamente, los mismos problemas se han ido planteando en otras órbitas de la "intelligentsia", sobre todo en aquellos elementos —los escritores— que cumplen la tarea de intercursos que Ayala les asigna dentro de la sociedad. Las nuevas modalidades de la situación tomaron a muchos por sorpresa y se limitaron a prolongar algunos diagramas de la preguerra. Por eso la nueva responsabilidad puede registrarse mejor en la generación cultural que comienza a actuar después de la segunda guerra mundial, la que está bautizada por tantas cosas dramáticas y vitales como la destrucción del nazismo, la ruptura del mundo, la perspectiva socialista, la descolonización, la etapa del desarrollismo económico, en fin.